



XOSE MANUEL BEIRAS: EL SUBDESARR

Xosé Manuel Beiras Torrado, treinta y nueve años, catedrático de Estructura Económica en la Universidad de Santiago, autor de numerosas publicaciones sobre temas sociales y económicos de Galicia, es, en la actualidad, la pieza clave que la región gallega aporta a la hora de analizar y clarificar la vieja dicotomía centralismo-regionalismo, o, para ser más precisos, poder central-poder descentralizado.

Hace dos años el profesor Beiras publicó un libro, «O atraso económico de Galicia» (1), que constituye un hito fundamental en la reflexión histórica, política y socioeconómica de una región subdesarrollada y culturalmente marginada. El hecho de que obra tan capital haya sido escrita y publicada en lengua gallega significa, antes que nada, la afirmación de esta cultura frente a la marginación, el bocinazo lúcido que la periferia da no sólo a la rutinaria Administración central, sino también a un gran sector de la burguesía industrial y financiera gallega, incapaz históricamente para representar los intereses de una colectividad. El éxito del libro, en sentido riguroso, las controversias a que dio lugar, son fruto de unos planteamientos analíticos objetivos, de los que, claro está, se extraen consecuencias políticas.

¿CUALES son las razones del atraso económico de Galicia?

—Son de dos órdenes, aunque están concatenadas. Unas son razones genéticas, es decir, razones históricas, y otras son razones actuales de carácter estructural. Naturalmente que si Galicia es una sociedad con una economía «atrasada», eso significa que está inserta en un tipo de

relaciones estructurales que permiten definirla como subdesarrollada, y, por lo tanto, estas causas estructurales, que están actuando sobre la economía gallega, que la mantienen en condiciones de subdesarrollo, son causas contemporáneas, son causas que actúan en el presente. Para preguntarnos por ellas es necesario analizar el tipo de relaciones económicas que caracterizan a la economía ga-

llega por dentro y que la insertan, además, en el contexto hispano. Pero al propio tiempo, esa situación contemporánea no es algo que provenga de la nada, sino el resultado de un proceso histórico. Enfocándolo así, se puede intentar explicar y no sólo describir, el subdesarrollo de Galicia. Esto obliga a hacer un estudio, por una parte de relaciones contemporáneas estructurales, y por otra parte del proceso histórico que generó esta situación.

—¿Cuál ha sido y cuál es la estructura socioeconómica en la que se ha producido este atraso económico de Galicia?

—La economía gallega se caracteriza por ser una economía dependiente en el sentido de que el proceso de crecimiento que se pueda registrar dentro de ella, las mutaciones económicas y sociales que se operan, no tienen un carácter autónomo, no están tanto condicionadas por factores internos como por la inserción de esa realidad en su contexto con características de economía dependiente. Esa misma dependencia da lugar a que en la eco-

nomía gallega se aprecie una dualidad que consiste, por una parte, en un sector de la sociedad con base económica de características precapitalistas, y otro que constituye un sector moderno de sociedad de predominio burgués y base económica moderna capitalista. Pero ocurre que ese sector moderno está apoyado sobre el otro de tal modo que, en lugar de tirar por él hacia el «desarrollo», lo que hace es nutrirse a expensas de él y provocar su estancamiento o paulatina destrucción interna, sin que experimente proceso endógeno de evolución ascendente. Esto quiere decir que, por ejemplo, la economía campesina, que es una economía atrasada, sin duda, en lugar de estar experimentando una transformación de progreso arrastrada por un proceso de crecimiento generalizado, permanece estancada en una situación de «atraso». Su estructura se deteriora y va quedando cada vez más marginada y más arrinconada, y con mayores dificultades para dar el salto hacia un proceso de transforma-

(1) Xosé Manuel Beiras, «O atraso económico de Galicia». Galaxia, 1972.

ción que repercute en aumento del bienestar de la población afinada en esa base económica. Por otra parte, el sector moderno de la economía gallega, en lugar de tener una dinámica autónoma, está absolutamente reducido a ser un reflejo de procesos de crecimiento que se concentran en otros focos externos de Galicia, una especie de emisario sin autonomía propia que en su estructura interna experimenta un proceso de crecimiento dependiente. Lo cual significa que, en lugar de seguir los ritmos y las formas de crecimiento que resultarían más adecuados a la naturaleza de los recursos y a las exigencias de transformación de la propia estructura económica y social de Galicia, «funciona» de un modo totalmente discordante con esos recursos y esas exigencias.

«En todo proceso de esta naturaleza, el hecho más importante consiste en que el excedente económico, en lugar de ser movilizado hacia la acumulación y el crecimiento de la propia economía que lo genera, es objeto de un drenaje hacia fuera, cuando es destinado a gastos improductivos.

—La conocida "evasión" del ahorro gallego hacia otras regio-

hacia fuera o hacia inversiones especulativas y no productivas. Las causas están relacionadas con el propio carácter dependiente de nuestra economía. Por una parte, el sistema financiero no orienta hacia la economía gallega la inversión de la mayor parte de los recursos financieros que obtiene del ahorro gallego. Esta es una de las causas fundamentales.

«¿Por qué operan así los intermediarios financieros? Porque, en conjunto, constituyen una voz de captación de ahorro que tiene sus focos de inversión primordiales fuera de Galicia. Porque la Banca oficial, que no reconoce directamente ahorro gallego al modo de la Banca privada, pero sí indirectamente, y que, además, debiera financiar inversiones de lanzamiento en regiones «atrasadas», tampoco otorga a la economía gallega los contingentes de crédito necesarios para contrapesar la conducta de la Banca privada. Y porque la Banca gallega, además de ser muy débil, apenas se diferencia a estos efectos de la Banca nacional, al menos a juzgar por los indicios disponibles. En este terreno se tropieza a menudo con obstáculos de orden institucional. Si pensamos en el caso concreto de las Cajas de

de decir que no existió hasta hace muy poco tiempo. Hubo brotes pequeños que nunca llegaron a desarrollarse. Sobre esto sólo puedo hablar en supuestos hipotéticos, porque no soy especialista en Historia Económica y porque todavía no está hecha la Historia Económica de Galicia a partir del siglo quince, aunque hay aportaciones fragmentarias importantes. Lo que parece es que en las crisis sociales del quince, la proto-burguesía gallega perdió una oportunidad inicial y después desempeñó más bien funciones de carácter parasitario, mucho más vinculadas al poder político y la Administración del nuevo Estado moderno centralista español que a los cometidos que caracterizan el desarrollo burgués europeo. En las fases en que estuvo a punto de empezar a crecer, el proceso abortó por razones históricas muy complejas, como sucedió a finales del diecisiete y principios del diecinueve. Empieza a haber estudios serios sobre el diecisiete que intentan dilucidar por qué razones no se produjo aquí un fenómeno semejante al que dio origen al desarrollo de la economía catalana, pongamos por caso. Estudios como el de García

Lombardero, el más reciente y, a mi entender, muy luminoso, y otros más estrictamente historiográficos.

«El hecho es que la burguesía gallega, como clase social dinámica que asume el protagonismo de un desarrollo económico capitalista, no ha existido. Cuando empieza a haber burguesía en Galicia es muy tarde y, además, no actúa ni social y políticamente como gallega.

—En su libro "O atraso económico en Galicia", establece usted una diferencia entre un "desarrollo capitalista localizado en Galicia" y "un desarrollo capitalista del país gallego".

—Lo que quiero decir es que una cosa sería que existiese o hubiese existido el Galicia un proceso capitalista de carácter autónomo, por lo tanto protagonizado por una burguesía gallega que actuase como tal, y otra cosa es el hecho de que en Galicia empiece a haber implantaciones industriales y una expansión del sector moderno de la economía, pero que no constituya más que un enclave capitalista en Galicia, y, por lo tanto, carente de una dinámica autónoma. Esto es lo que ocurre, en gran medida, en la realidad. El problema no es tan-

OLLO DE GALICIA

nes, ¿cómo ha repercutido sobre su economía?

—La perjudicó, al reducir, como es obvio, su propia capacidad de expansión interna.

—¿Por qué se produce esa "emigración del ahorro"?

—Digamos que toda economía que genera un excedente, si la sociedad lo moviliza hacia inversiones productivas, crece en condiciones clásicas o típicas. Pero cuando el excedente es dirigido hacia destinos improductivos o hacia fuera, entonces esa economía no puede crecer. Por ejemplo, cuando la organización económica de la sociedad tiene características precapitalistas, lo normal es que el excedente no sea dirigido en su mayor parte hacia destinos productivos. El problema no estriba, pues, en que no haya potencial de crecimiento, sino en que ese potencial no se traduce en inversiones que efectivamente hagan crecer esa economía. Pues bien, la forma moderna del excedente real gallego, que es el ahorro regional, está siendo objeto de una canalización a través de los intermediarios financieros, preponderantemente

Ahorro, que tiene mucha relevancia, está claro que la reglamentación vigente las obliga a destinar una buena parte de sus activos a operaciones que no se traducen precisamente en inversión dentro de la economía gallega. Así resulta que las propias Cajas, por razones legales, operan mucho más en una función de drenaje de ahorro que de financiación de inversiones productivas en Galicia. Pero incluso en cuanto a la parte de los recursos que escapan a los coeficientes establecidos reglamentariamente, sucede que las Cajas de Ahorro lo dedican más a inversiones especulativas, gastos suntuarios o crédito al consumo que a inversiones productivas propiamente dichas. Pensemos, por ejemplo, en las inversiones en solares, construcción, etcétera, que en gran medida están hipertrofiadas por razones de orden especulativo y que no son, desde luego, las más necesarias para que la economía gallega crezca a un cierto ritmo a corto plazo.

—¿Cuál ha sido el papel de la burguesía gallega en el subdesarrollo de la región?

—La burguesía gallega se pue-



Belras: «El problema no es tanto que no se invierta en Galicia o no surjan industrias cuanto que el tipo de inversiones que se realizan responde mucho más a los intereses de grupos financieros foráneos que a los intereses de la colectividad gallega».

XOSE MANUEL BEIRAS

to que no se invierta en Galicia o no surjan industrias, como que el tipo de inversiones que se realizan responde mucho más a los intereses de grupos financieros foráneos que a los intereses de la colectividad gallega, de la economía gallega, o simplemente de una clase burguesa que actuase con cierta autonomía en la sociedad gallega.

—Para explicar el subdesarrollo gallego se ha recurrido con frecuencia a los muchos tópicos con que suele definirse la psicología del gallego, concretamente al individualismo del campesino. ¿Qué hay de cierto en todo esto?

—Tópicos sobre el arquetipo gallego hay muchos. El del individualismo es uno de los más curiosos, porque si hay un tipo de sociedad en la que el individualismo sea el motor de la conducta de los agentes económicos, es precisamente en la sociedad capitalista, mientras que en Galicia se suele atribuir este espíritu individualista a los campesinos, que de suyo, en cambio, no tienen gran cosa de individualistas. Si el carácter de un pueblo y de una sociedad se refleja en sus instituciones, lo cierto es que las instituciones jurídicas propias del campesinado gallego nunca son individualistas. Por ejemplo, la desmembración de la propiedad no es atribuible a instituciones vigentes en la sociedad campesina, sino a instituciones sobrepuestas desde fuera. Es mucho más individualista el Código Civil español que ninguna de las instituciones consuetudinarias del campesinado gallego. Y no tiene nada de extraño, aunque explicar por qué nos desviaría un poco del tema. Por otra parte, si en lugar de las instituciones atendemos a ciertos patrones de conducta, recordemos, por ejemplo, que ya en el siglo dieciocho Lucas Labrada atribuía rotundamente a los «escribanos» y a los «justicias» la responsabilidad por la fama de pleiteantes, que, decía él, habían adquirido nuestros campesinos. O pensemos en el tópico del «localismo»: ¿Hay acaso conducta más localista que la de los entes administrativos que no son precisamente un producto institucional del pueblo gallego? O en la falta de espíritu empresarial. ¿Cómo puede haber espíritu empresarial donde no hubo desarrollo burgués? Y así sucesivamente.

—El cooperativismo es para algunos la «salvación» del campo gallego. ¿Está de acuerdo?

—Yo creo que el cooperativismo de cierto tipo, sobre todo el de explotación comunitaria, puede ser una fórmula importante para operar una cierta modalidad de transición en la economía campesina si llega a tiempo. No creo que sea una panacea. El cooperativismo

no resuelve, ni mucho menos, todos los problemas del campo gallego. Por lo menos, para ser útil, la primera condición indispensable consiste en que sea auténtico cooperativismo. No creo que se puedan considerar como cooperativismo propiamente dicho muchas formas de organización cooperativa que actúan con esa denominación, pero que, en el fondo, encubren empresas capitalistas como cualesquiera otras. Me refiero concretamente a las UTECO. Ni tampoco creo que un cooperativismo que se articule fundamentalmente mediante cooperativas de servicios, pueda resolver ninguno de los problemas fundamentales del campo gallego. Tiene que ser, en la base, cooperativismo de producción y, sobre todo, de explotación comunitaria, aunque debiera proyectarse también sobre la comercialización y el crédito. Pero, a qué hacer castillos en el aire...

—¿Qué ha supuesto la emigración para la economía de la región?

—La emigración supone una pérdida tremenda de potencial humano, de fuerza de trabajo, que, si se invirtiese lo indispensable en la economía de la región, podría transformarse en un potencial efectivamente utilizado y entrar en un proceso de crecimiento realmente considerable. Por otra parte, la emigración supone un deterioro muy grave de la propia estructura demográfica de Galicia, sobre todo en el medio rural y hasta en toda la Galicia interior. En cada uno de los dos últimos decenios intercensados, del cincuenta al sesenta y del sesenta al setenta, la emigración neta supuso el diez por ciento de la población total gallega. Una población sometida a semejante tasa de emigración sufre un deterioro demográfico tremendo, porque origina un fuerte envejecimiento de la población y plantea problemas difícilmente solubles a corto plazo.

Por otra parte, la emigración ha supuesto para Galicia una corriente de ingresos de transferencia muy importantes. Pero la mayor parte, o bien son dedicados a gastos de consumo de las familias de los emigrantes o bien son canalizados a través de los intermediarios financieros, y entonces sufren el mismo destino que todo el ahorro de Galicia en general. Por lo tanto, lo que podría ser la contrapartida positiva de la emigración gallega, queda neutralizada por este hecho. Si hubiese sido una emigración por períodos breves, y si los emigrantes regresasen con una cualificación profesional y, entre tanto, la economía gallega hubiese sufrido la transformación necesaria para poder reabsorberlos, entonces tal vez

el coste de la emigración hubiese resultado menor, e incluso podría, en un supuesto límite, haberse convertido en un fenómeno hasta beneficioso o positivo para el desarrollo económico de Galicia. Pero nada de esto ocurre y, por lo tanto, la emigración sólo presenta aspectos negativos y, a mi modo de ver, tremendamente corrosivos.

—¿Es Galicia una región pobre o una región mal aprovechada?

—No, Galicia no es una región pobre, sino una región relativamente empobrecida. Por ejemplo, si ahora resulta que hay recursos de mineral de cobre importante, significan un potencial hacia el desarrollo industrial digno de tener en cuenta. Ahora bien, si ocurre que esos recursos se van a extraer sin más, y no van a generar un proceso de aparición de industrias de transformación, ni tampoco la exportación de ese mineral va a repercutir en la balanza de pagos regional, en unos ingresos que puedan financiar otro tipo de inversiones en Galicia, entonces resultará que ese recurso será extraído sin que la economía gallega se beneficie de esta actividad. Esto, que es un ejemplo que pongo por ser de gran actualidad, dado que está empezando la explotación de grandes yacimientos de cobre en la zona de Touro, es algo que se puede aplicar a otros casos y que permitirá decir que el problema no estriba en que Galicia sea una región pobre, sino en el modo en que se explotan y utilizan los recursos de la economía gallega. La distinción entre países pobres y ricos no tiene otro interés que el que pueda ofrecer como manera breve de referirse a las diferencias de niveles en el bienestar, pero nada más que eso.

»Yo me pregunto si la falta de industria en Galicia justifica la implantación de cualquier industria; si el problema estriba en producir más de cualquier cosa que se venda bien, como en el caso de las fábricas de armamentos sin mirar el producto; si la falta de industria justifica la localización indiscriminada y sin fundamento científico en virtud de los criterios individuales del grupo empresarial y sin un plan racional de localización; si vamos a aceptar que se nos ofrezca un desarrollo industrial en forma del tipo de industria que las sociedades más desarrolladas ya no quieren; si vamos a creer que la industria, sin más, es equiparable a progreso en el bienestar económico y social de nuestras gentes.

—Son preguntas que usted ha formulado públicamente y para las que creo que usted mismo tiene respuesta.

—La industrialización de Gal-

icia es necesaria, esto es obvio, y, por supuesto, nadie lo niega. Cualquier desarrollo económico actual tiene que pasar por un proceso de industrialización. Lo que ocurre es que, en cambio, la mera industrialización no garantiza un desarrollo económico adecuado. Si yo formulo preguntas como, por ejemplo, la de «si la falta de industria en Galicia justifica la implantación de cualquier industria», la respuesta es negativa en el sentido de que para el desarrollo económico de Galicia no basta la implantación de cualquier tipo de industria, sino que es necesario seleccionar y establecer prioridades entre los tipos de industria que resulten más adecuados a las exigencias inmediatas de desarrollo de la propia economía gallega. El producir bienes industriales no es una garantía de un crecimiento económico adecuado a las necesidades de la sociedad en un país subdesarrollado. Si esto se admite, resulta obligado establecer las garantías que conviertan la industrialización en un fenómeno favorable a un determinado tipo de desarrollo económico para el país. En este sentido, a mi modo de ver, lo primero es someter a una ordenación racional el proceso de industrialización de Galicia, es decir, planificar el crecimiento industrial de la región en función de nuestros intereses colectivos.

—¿Se está haciendo algo de esto?

—Yo creo que hasta ahora no, en absoluto. No me parece que se pueda llamar planificación a una mera planificación «indicativa». Pero incluso en una planificación indicativa hay modalidades de técnicas aplicables, tanto a su proyección como a su ejecución, que suponen un abanico bastante amplio con sensibles diferencias entre los extremos. Si se elaborase, por ejemplo, un programa de implantaciones industriales relativamente selectivo aplicando criterios de localización meditados, y operando de un modo adecuado con la elección de la tecnología que conviene introducir y con la relación capital-trabajo, todo esto ya constituiría, de suyo, una contribución relativamente importante para que el desarrollo industrial de Galicia fuese racional, dentro de lo que cabe. Pero si lo único que se hace es delimitar apresuradamente unas ciertas áreas de expansión industrial, que va a ser objeto de una reglamentación especial para favorecer en ellas la localización de industrias, con esto, muy poco más se hará que dar ventajas a los grupos empresariales que tengan interés en establecer determinado tipo de industrias en Galicia, pero no, de ninguna manera, ordenar con criterios objetivos y ra-

cionalizados el proceso de industrialización que en sí mismo es necesario.

—Ultimamente ha participado con frecuencia en coloquios y mesas redondas sobre el tema de la contaminación en Galicia. ¿Es que la contaminación adquiere una gravedad especial en Galicia?

—No es que Galicia sea un caso especial respecto a este problema. Lo que ocurre es que las regiones subdesarrolladas, en la coyuntura presente, están expuestas a que se desplacen hacia ellas las industrias más contaminantes y más «sucias», las que los países más desarrollados ya no quieren en su territorio, entre otras razones, por la presión que la propia opinión pública ejerce sobre estos proyectos. Las industrias de este tipo suponen unos costes sociales más elevados. Entonces, una sociedad que es más consciente de estos costes y, por lo tanto, reacciona más organizada frente a ellos, se protege tendiendo a desplazar las implantaciones que los ocasionan hacia regiones en donde no haya ese rechazo. Si en Galicia estamos muy hambrientos de industria, lo más probable es que estemos dispuestos a aceptar cualquier tipo de industria y, por lo tanto, a aceptar las más sucias, que encontrarán aquí menos oposición o incluso ninguna, si nos dejamos convencer de que esto es una gran cosa para el desarrollo de Galicia. Eso por un lado. Por otro lado, también hay casos en los que existe un conflicto muy importante entre recursos alternativos, quiero decir entre la implantación de industrias y la explotación de recursos marisqueros, pongamos por ejemplo. En estos casos, me parece muy justificada la oposición de un cierto sector de la opinión pública. Porque, supongamos que las tesis de quienes defienden que estas industrias no son tan contaminantes como se dice, sean ciertas; supongamos que el problema de la contaminación es peor de lo que se cree y que los sistemas anticontaminantes son más eficaces de lo que pensamos. Muy bien, en cualquier caso sigue en pie una cuestión básica, que es la siguiente: ¿Por qué se han de localizar esas industrias en lugares en donde esos riesgos, mayores o menores, son riesgos que afectan a una riqueza real o potencial alternativa, en vez de localizarlas en otros puntos en los que no existen esas riquezas reales o potenciales alternativas? Si hubiese en ello una diferencia muy considerable de costes de establecimiento, podría justificarse el tipo de decisiones que se están tomando. Pero yo no acabo de ver claro que exista esa diferencia de costes. Es más, pue-

de ocurrir que en algunos casos todo se deba sólo al modo en que se han delimitado las zonas de preferente localización industrial que la Administración ha fijado. Entonces, lo que estaría en cuestión sería el acierto o desacierto por parte de la Administración al delimitar esas zonas, y no otras, que podrían ser igualmente atractivas para los grupos empresariales privados y no implicarían los riesgos que entraña la localización industrial en los que hasta ahora se han fijado. Es el caso de la ría de Arosa, que me parece un disparate convertir en zona de asentamiento de industrias de base.

—¿Qué papel desempeñan los desarrollos regionales dentro del desarrollo nacional?

—Una auténtica política de desarrollo regional tiene que proceder de tal manera que la planificación del desarrollo nacional resulte por integración de los planes regionales. Es evidente

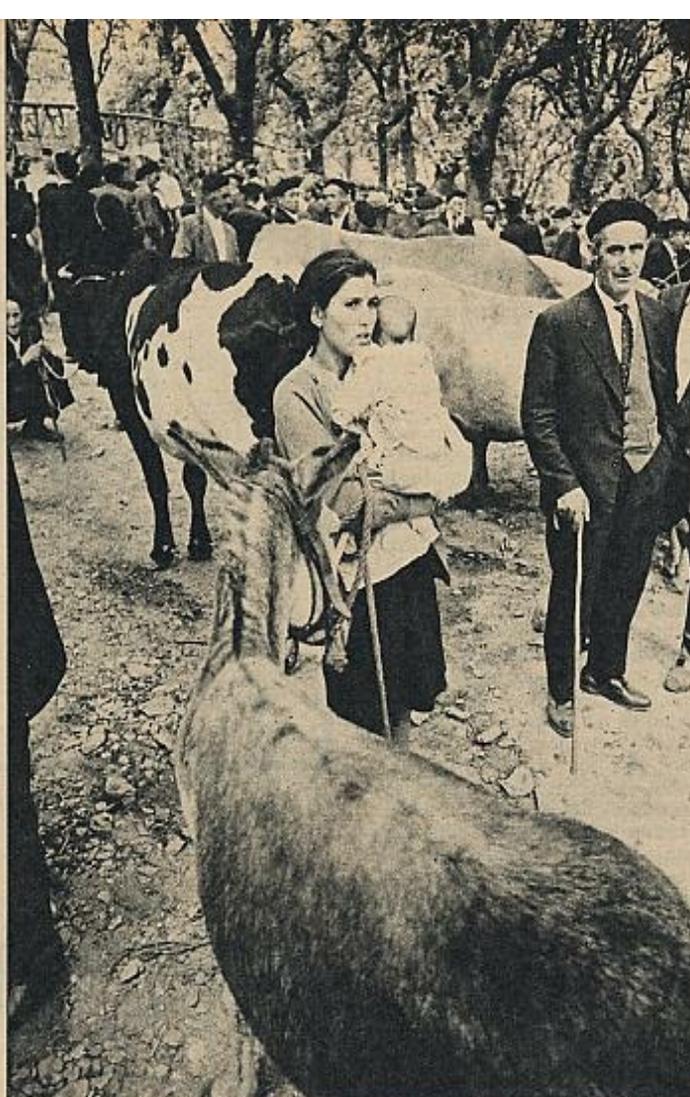
que hay algunas opciones básicas que sería necesario plantear «a priori», porque no es fácil coordinar como una mera resultante a nivel nacional de todos los planes regionales la estrategia general de desarrollo, dado que las incompatibilidades podrían ser muy graves.

«Pero una cosa es muy cierta: el ritmo medio de crecimiento de la economía nacional no tiene por qué resultar reducido por el hecho de que la planificación tenga como punto de arranque el nivel regional. En cambio, una planificación nacional en la que se pretenda mantener determinados ritmos de expansión muy elevados en las regiones que son los focos de crecimiento industrial, resultará incompatible con la elevación necesaria de los ritmos de crecimiento de las regiones menos favorecidas hasta la fecha. Esto es evidente, porque los recursos económicos son escasos por definición, y no se puede acelerar el ritmo de las regiones que

van a la cola sin que se reduzca el de las que van en cabeza. Por mi parte, creo que para una racionalización del proceso de crecimiento de la economía española en su conjunto, es indispensable operar la descentralización que supone la formación de auténticos planes regionales. Pero es una falacia el afirmar que las regiones pobres van a mejorar su posición relativa sin que se reduzcan para nada los ritmos de crecimiento de las regiones más desarrolladas. Naturalmente que este razonamiento se hace en el supuesto de que los recursos externos con que cuente la economía española no se hagan operar discriminatoriamente sobre el desarrollo regional.

—Y los accesos a Galicia, ¿qué van a significar para la economía y el desarrollo gallegos?

—Evidentemente que el comunicar a Galicia con el resto del país resulta importante para la reducción en los costes del transporte, para una intensificación de las corrientes de tráfico entre la región y el exterior, esto por supuesto. Pero la realización de vías no constituye en sí misma nada más que una obra de infraestructura que poco significa en cuanto al proceso de desarrollo que se experimente o no en la economía gallega. Los problemas principales que están planteados en torno al desarrollo económico gallego son otros muy diferentes del de las vías de accesos. El desarrollo es un proceso social, y el desarrollo económico es un aspecto de ese proceso social, es un proceso fragmentario. Los resortes de ese proceso no están en cuestiones tales como la dotación de infraestructura, son otros muy diferentes. Si hay una política económica decidida a lanzar el desarrollo económico de Galicia, un programa de obras de infraestructura adecuado, puede resultar importante para que ese proyecto sea «viable». Pero es mucho más importante la estrategia del desarrollo económico que la realización de obras de infraestructura de accesos. Porque si, por ejemplo, en Galicia se hubiese operado un proceso de crecimiento económico sostenido en virtud de la propia dinámica interna de la sociedad gallega, la red viaria habría surgido como una necesidad tan imperiosa que se habría realizado. No creo que ninguna de las economías industriales desarrolladas contemporáneas haya tenido como punto de partida la red viaria. Y, en cambio, los ferrocarriles en el Tercer Mundo han servido para mejor explotar sus recursos, para crear subdesarrollo, no para eliminarlo. ■ MARIBEL OUTEIRINO. (Fotos: Perfecto C. Muruais y Archivo.)



La economía campesina gallega, que es una economía atrasada, sin duda, en lugar de estar experimentando una transformación de progreso, arrastrada por un proceso de crecimiento generalizado, permanece estancada en una situación de «atraso».